

CAPÍTULO UNO

.....

El Corazón de una Madre... O ese Monstruo Maternal



*Pero Ana le respondió: -No, señor mío;
soy una mujer atribulada de espíritu. ...
he derramado mi alma delante de Jehová.
...porque solo por la magnitud de mis congojas y
de mi aflicción he estado hablando hasta ahora
(I Samuel 1:15-16)*

No podía creer lo que estaba escuchando: “Hemos hecho todo lo que podemos por su hijo”. Las palabras del médico resonaban una y otra vez en mi mente. Se suponía que Justin empezaría su primer año de estudio hoy, no que estaría hospitalizado en condiciones delicadas...

Colgué el teléfono después de hablar con mi hija de 20 años, me arrodillé junto a la cama y lloré. Alison había estado desanimada por semanas, no podía dormir y se sentía desadaptada en su nueva residencia. “Me siento tan sola. No puedo relacionarme con nadie aquí...” Su voz se quebrantó, y todo lo que oí fue su llanto. Además estaba a seis horas de mí, muy lejos como para darle un abrazo o consolarla. Mi corazón estaba dolido por ella...

Cuando nuestro hijo Chris se inscribió para la clase de religión oriental en la universidad, yo no estaba sorprendida. Él siempre había sido de los que buscan respuestas en todas partes, pero no las estaba buscando en un grupo bíblico de la universidad... por lo menos no ahora. ¿Qué "verdades" estará escuchando? ¿Qué si decide negar su fe?...

Tu frágil hijo esta enfermo, otra vez.

Tu tímida y dulce hija se fue de la casa, sola y a la deriva.

Tu brillante e inquisitivo hijo está aprendiendo a pensar por sí mismo, pero buscando dirección en todas partes.

¿Suena familiar esto? ¿Tu corazón está tan dolido por tu hijo que sientes que se te va a romper? Como madres, sin importar en qué etapa del proceso estemos, ya sea experimentando el deleite y el temor de ser responsables por ese primer precioso regalo del cielo, recién nacido, o paseándonos por el nido vacío, nos preocupamos por nuestros hijos. Los abrazamos cuando están enfermos, nos dolemos cuando se sienten solos sin amigos, nos preocupamos cuando tienen problemas en el estudio, y aún más, cuando son rebeldes y toman malas decisiones. Queremos proteger, cuidar y guiar a esos hijos que literalmente cargamos por nueve meses.

Una película reciente me hizo recordar cuán fuerte es el amor de madre. En ella, una madre de siete niños está viendo a su hijo Percy, de 14 años, jugar un partido de fútbol en la escuela. Vestido con su uniforme verde y blanco, Percy toma la pelota y corre hacia el arco. Justo cuando desde la tribuna, su madre grita "¡cuidado!", Percy se estrella contra un gigante jugador del equipo contrario, quedando inconsciente en la cancha.



De manera instantánea, la madre llega a la cancha con el entrenador y los demás jugadores. Alza en los brazos a su adolescente, y frenéticamente lo carga hasta el camerino mientras el entrenador grita: “¡Un momento señora Singer!, ¡vamos a conseguir una camilla!”

Momentos después cuando el médico lo reanima con sustancias aromáticas, le pregunta al chico: “¿Cómo te llamas?”

“Persival Singer”, contesta él.

“¿Quién es ella?”, pregunta el médico.

Sorprendido de ver a su madre en el camerino contesta: “Mi mamá”.

“Es una señora muy fuerte, ella misma te cargó desde la cancha hasta aquí”, continúa el médico.

“¿Ella qué? ¿Delante de los muchachos?... ¿Como un bebé?”, pregunta Percy, asombrado y humillado. Luego volviéndose hacia su madre le dice: “¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Por qué simplemente no me dejaste allá?”

“Lo siento, no pude evitarlo”, contesta ella. Cuando una mujer llega a ser madre, hay una pequeña parte de ella, ese monstruo maternal, que crece y crece como las figuras que vienen en las cajas de cereal, que aumentan hasta 300 veces su tamaño. Cuando una mujer llega a ser madre, es una norma en su vida, que ese monstruo es 300 veces más grande. “Te vi tirado ahí. Tuve miedo. Quería ir a ti para ayudar. Y ¡no podía oír ni ver nada más!”

Como madres la mayoría de nosotras nos podemos fácilmente identificar con su respuesta. Ese monstruo, ese instinto de mamá osa, empieza a surgir el primer día cuando nos convertimos en madres, y nos domina absolutamente cuando uno de nuestros hijos está herido o necesita ayuda. En verdad este poderoso corazón de madre es un regalo

del Dios amoroso que sabe que los hijos necesitan mucho amor y cuidado.

Pero con el poderoso amor de madre vienen muchas otras igualmente poderosas emociones, engendradas por nuestra propia carne y sangre: temor, preocupación, frustración, ansiedad, gozo, deleite, culpa. “Nuestros hijos generan emociones intensas en nuestro corazón”, dice Fern Nichols, fundadora y presidenta de Madres Unidas Para Orar. “Cuando ellos son receptivos a nosotras y al Señor, nos traen gozo, paz, armonía, y estamos contentas. Pero cuando no lo son nos traen confusión y ansiedad. Nos sentimos heridas, traicionadas y excluidas.

Sin importar en qué estado del proceso de ser madre te encuentres ahora, sin importar en qué extremo del espectro emocional estés, la pregunta es la misma para ti, para mí y para todas nosotras. ¿Cómo podemos controlar este monstruo?

La Respuesta de Dios para Controlar el Monstruo Maternal

A través de la Biblia Dios nos dice qué debemos hacer cuando estamos ansiosas, preocupadas o angustiadas, ya sea por nuestros hijos o por cualquier otro aspecto de la vida. Él dice:

Clama a mí y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces (Jeremías 33:3).

Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros (I Pedro 5:7).

Congregaos y medita... Antes que... (Sofonías 2:1-2).

¡Levántate, da voces en la noche... Derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor; alza a él tus manos implorando la vida de tus niñitos. (Lamentaciones 2:19).

Miremos a una mujer que hizo justo lo que dicen estos versículos, porque su oración no es sólo la primera de una mujer, citada en la Biblia, sino también un patrón de oración efectiva que estaré compartiendo a través de este libro.

Al igual que la señora Singer, Ana estaba demasiado angustiada, pero por una causa diferente. Ella anhelaba profundamente un hijo, pero no podía concebir. Peor aun, la otra esposa de su marido, Penina, le había dado muchos hijos, y se burlaba de ella por su esterilidad, la cual aumentaba su dolor.

El esposo de Ana, Elcana, la amaba pero no podía entender su agonía. *Ana, ¿por qué lloras? ¿por qué no comes? ¿y por qué está afligido tu corazón?*, preguntaba. *¿No te soy yo mejor que diez hijos?* (1 S. 1:8). Los esposos, aun los más amorosos, algunas veces no entienden el corazón de una mujer, pero Dios sí.

Entonces Ana fue al templo y expuso ante Dios su necesidad, haciendo el voto de que si Él le daba un hijo, se lo dedicaría todos los días de su vida. En su gran angustia, *ella... oró a Jehová y lloró desconsoladamente* (1 S 1:6). Sus gemidos eran tan profundos en su corazón que sus labios se movían, pero no salían las palabras. Viéndola Elí, el sacerdote, la acusó de estar ebria. Ana le respondió: *No, señor mío; soy una mujer atribulada de espíritu. No he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante de Jehová.* Entonces Elí la bendijo y le pidió al Señor que concediera su petición. Ana salió del templo sin carga ni tristeza, y a la mañana siguiente se levantó y adoró a Dios.

El Señor escuchó la oración de Ana y le concedió su petición. En el tiempo nació Samuel, y ella lo crió hasta que fue destetado. Luego llegó el momento cuando debía cumplir su voto y llevarlo al templo para que viviera y sirviera a Dios. Probablemente el niño no tenía más de tres años. Qué

difícil debió haber sido dejar ir a su amado hijo primogénito, por el cual había orado y llorado. Pero como había confiado en que Dios respondería su oración, lo confió en las manos de Elí y al cuidado de Él, dedicándolo a su servicio en el templo.

A pesar de que era el templo de Dios, éste no era un ambiente piadoso. El liderazgo era débil y los hijos de Elí malos y despreciables; *no tenían conocimiento de Jehová* (1 S. 2:12). El pecado abundaba, pero aún así Ana dejó a Samuel allí para que Elí le enseñara.

Cada año ella cosía para el pequeño Samuel una túnica y se la llevaba al templo. Casi puedo verla rodeándolo de oraciones y amor, y elevando con cada puntada una oración por la protección de Dios para que su gloria y propósito se cumplieran a través de él.

¿Cuáles fueron los resultados de que Ana le hubiera presentado su necesidad a Dios en oración, y confiado su hijo a Él? Su angustia se tornó en gozo. Abundaron la libertad y las bendiciones. Cuando lo dedicaba a Dios, su corazón entonaba una canción de adoración que comienza así: *Mi corazón se regocija en Jehová* (1 S. 2:1). Luego Dios la bendijo con otros tres hijos y dos hijas. Samuel creció delante del Señor, convirtiéndose en el vocero escogido por Dios de un tiempo en la historia cuando las visiones y la Palabra de Dios eran escasas. El poder y la soberanía de Dios protegieron a Samuel, y Él lo usó de una forma extraordinaria para llevar a cabo su plan. Como dice en 1 Samuel 3:19: *Samuel crecía y Jehová estaba con él; y no dejó sin cumplir ninguna de sus palabras.*

El Poder de la Oración

Aunque para nosotras sea muy difícil imaginarnos entregando a nuestros hijos para el servicio de Dios a la edad de tres años, como lo hizo Ana, podemos aprender mucho de aque-



lla mujer y sus oraciones. Al igual que ella, no los podemos poner en una burbuja protectora hasta que pasen por la infancia y la adolescencia. No podemos controlar las fuerzas que tratan de deshacer toda nuestra cuidadosa crianza y enseñanza. No siempre podemos levantarlos, besar sus heridas, y hacer todo mejor, especialmente cuando llegan a ser suficientemente grandes como para estar en el campo de juego. Pero podemos seguir el ejemplo de Ana levantándolos y llevándolos a Jesús quien los ama más de lo que nosotras podríamos hacerlo.

Dios nos ha dado el mismo poderoso recurso para llevarle todas las preocupaciones que tenemos por nuestros hijos, el poder de la oración. Cuando el amor de una madre por sus hijos está conectado con el poder de Dios a través de la oración, se libera una irresistible fuerza que cambia gente (incluso a nosotras), situaciones, escuelas y hasta comunidades. Nuestras oraciones constituyen una vía para que Dios venga con su salvación e intervención. En este libro usted leerá historias de Anas modernas, mujeres angustiadas, madres como usted que aman a sus hijos, y que lo que más desean es pedir lo mejor de Dios para ellos, y cuyas oraciones están abriendo la vía para que su poder se manifieste.

Las historias cubren el tramo y las estaciones en la vida de una madre, desde cargar a un bebé totalmente dependiente, caminar con él a través de los años escolares, hasta verlo ir a la universidad (¿a dónde se fue el tiempo?), e incluso ser una abuela. Las historias reales de oraciones ofrecidas y respondidas muestran la poderosa influencia que nuestras oraciones pueden ejercer. Ellas le darán nuevas energías, la animarán a perseverar, y ofrecerán esperanza a medida que vemos una y otra vez que cuando las madres oran, las montañas se mueven. La montaña puede ser un problema de aprendizaje, drogas o alcohol, una relación difícil, rebeldía, o una crisis de salud. No importa. Cuando las

madres oran, escuelas y maestros cambian, los prodigios vuelven a casa, y a veces se ven los inicios de un avivamiento. Y cuando oramos por nuestros hijos, nosotras también cambiamos. Aprendemos a soltar con gracia, nuestra ansiedad y pesadez desaparecen, y vuelve la paz. Vemos a Dios actuando en nosotras. Vemos su fidelidad.

Nuestros Problemas con la Oración

¿Suenan demasiado buenos para ser verdad? ¿Tu deseo de orar está mezclado con un tinte de culpa, algo de duda, o un poco de ansiedad? Quizá te sientas como muchas otras madres que he entrevistado. Quizás te has hecho algunas de las mismas preguntas que ellas se hicieron:

- “Con mi horario tan ocupado cuidando los niños, arreglando la casa, trabajando dentro y fuera de ella, cuidando un padre anciano y todo lo demás, ¿cómo puedo realmente encontrar tiempo para orar?”
- “¿Qué hacer cuando no se ve ningún resultado de sus oraciones? Yo he estado orando durante muchos años por mis hijos y no veo ningún cambio”.
- “Con todas las distracciones, ¿cómo puedo evitar que mis pensamientos me distraigan? ¿Me escuchará Dios realmente cuando tengo problemas en darle a Él total atención?”
- “He oído sobre un tiempo devocional, pero con mis hijos en la casa, mi horario nunca es el mismo dos días seguidos. ¿Qué puedo hacer para ser constante en la oración?”
- “¿Cómo puedo orar más efectivamente por mi hijo?”

Siendo una Marta que hace malabares con muchos platillos al mismo tiempo, puedo identificarme con estas preguntas. Así que además de relatarte mis luchas y mis jorna-

clases de oración compartiré, en cada capítulo, sugerencias prácticas para enriquecer nuestras vidas de oración. Hay ideas tanto para Marías como para Martas; para aquellas de nosotras que estamos ocupadas y somos distraídas fácilmente, y para aquellas a las que les es natural estar tranquilas, a fin de que sepamos que Él es Dios y nos sentemos a sus pies.

Algunas de la historias que leerás tienen finales maravillosos, pero otras están en proceso, y el “resto de la historia” sobre la obra de Dios en situaciones y vidas está por ser visto mientras nosotras perseveramos en oración. Aunque muchos son relatos de oraciones contestadas, de ninguna forma estoy sugiriendo que la oración es una fórmula mágica para conseguir los deseos de nuestro corazón. Mucho acerca de la oración y la forma como Dios obra es un misterio, pero lo que sí sabemos, es que Dios nos invita a orar. Él nos oye y nos bendice cuando oramos. También nos da su Palabra para equiparnos y guiarnos en cuanto a cómo orar, por qué orar, y promete una efectividad especial en la oración cuando nos ponemos de acuerdo con otros.

La oración no es una disciplina secundaria; es lo más importante que podemos hacer por nuestros hijos y por nosotras mismas para recibir las mayores bendiciones. Si todo lo que hacemos como madres fluye de la fuente de la oración, experimentaremos gracia, gozo y descanso en el corazón del Padre. Eso no significa que estaremos exentas de las dificultades, pero podremos enfrentarlas con más energía y confianza.

Mi Oración por Ti

Mi oración es que Dios use este libro animándote a enriquecer tu vida de oración, y llenándote de esperanza. Que te ayude a saber que así como Él conoció a madres como Ana

en tiempos bíblicos y ha escuchado las oraciones de las madres a través de la historia y los continentes, está escuchándote, deseando mostrarte su amor y su poder a medida que te acerques al trono de la gracia y acudas a Él.



*Y el Dios de esperanza os llene
de todo gozo y paz en la fe,
para que abundéis en esperanza
por el poder del Espíritu Santo*

(ROMANOS 15:13).